

De nada, pues, deseperanzar debía
Desde aqueste accidente.

Ninguno así se admire de que acaso
Trueque con el delfín pastos la fiera;
Que ésta á la tierra el mar tal vez prefiera,
Y aquél el alto monte al mismo paso
Más que las ondas quiera.

FRAGMENTOS.

I.

Al grande Emperador no estimo en nada;
Al hombre generoso y fuerte quiero.

II.

Es piadoso ejercer crudos castigos
En los vivos primero que en los muertos,
Y destrozar al mísero difunto
Con la maledicencia es poco honesto.

III.

Es la misericordia blanda diosa
Con los que de la vida el fin tocan;
Y con los que la gozan venturosos
Es rígida la envidia al mismo paso.

IV.

Te he de decir, amado compañero,
Y bien sé yo que has de gustar de oirlo,

Que ames con todas veras sin cansarte,
Empero sin hablarle, al afligido.

V.

Tuyo es, Jove, el imperio de los cielos,
Y sobre los mortales tú derramas
Las obras de injusticia abastecidas,
Sin olvidar también las temerarias.

MELEAGRO.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

D. JOSÉ ANTONIO CONDE.

Meleagro, Gadareno Syro-Palestino, fué autor de una colección de varias poesías, que llamó Corona, como tejida de diversas flores de diferentes poetas antiguos. Esta corona fué despedazada por varios colectores que le sucedieron, entre otros, los más conocidos Felipe de Tesalónica, Agathías Jurisconsulto, Constantino Cefalas y Máximo Planudes, monje de Constantinopla.

Todos estos, con la misma intención que Meleagro, pero con muy diferente gusto, hicieron sus coronas ó anthologías, conservando de la de Meleagro lo que les agradaba, que tal vez era lo más desgraciado, y suprimiendo con poco juicio lo más precioso, midiendo desatinadamente por su gusto el de todos y juntando á su mezquino ingenio la depravada intención de ocultar hasta el nombre de Meleagro.

El mismo hizo algunas composiciones de propio

genio, que manifiestan su carácter tierno y enamorado: de éstas se conservan algunos fragmentos muy maltratados en las anthologías griegas, y notando la expresión y dulzura de estilo que las distingue de las infinitas otras en que están confusamente mezcladas, me entretenía en copiar y traducir las que mejor me parecían; hallábalas llenas de errores y faltas de copiantes, mudados los jóvenes en doncellas, y unas ideas en otras diferentes; de suerte que en casi todas se veía la ignorante, supersticiosa y tímida mano de los Cefalas, Cristodoros y Planudes.

Tenía mi colección de Meleagro esperando un tiempo en que pudiese publicarla con la corrección que necesita, cuando en la Biblioteca de S. M. ví las ediciones de varios autores griegos, de los célebres Reiske, Heine, Brunck, etc., y en ellas noticia de la edición separada de Meleagro. La de Brunck, que es la única, ofrece sólo el texto griego, y en las anotaciones cita el libro *Zerstreute Blaetter*, en donde hay una traducción alemana de Herder.

Nació Meleagro en Gadara, pasó su juventud en Tyro y murió en la isla de Coó; de suerte que sus poesías son el único resto de las costumbres y cultura de aquella antigua y célebre ciudad capital de Fenicia: me ha sido preciso suprimir muchas veces las imágenes más lascivas y animadas.

Mi traducción no sigue el orden que ofrece la edición griega del C. Brunck, porque la hice antes de haberla visto, y la disposición casual que dí á las odas y sus asonantes no permiten variarla ahora sin que resulte una monotonía fastidiosa.

ODAS.

I.

Amor, cuando chiquito,
En las rosadas faldas
De Venus á los dados
Jugaba una mañana:
El tierno rapazuelo
Ganó, por mi desgracia,
Mi corazón; por eso
Como quiere me trata.

II.

Son tres las bellas Gracias,
Tres las süaves Horas,*
Y con ardientes tiros
Me abrasan tres hermosas:
¿Para qué son tres flechas?
Amor, basta una sola.

* Horas, son las Diosas de la luz y de la hermosura.

III.

De Amor ha recibido
 La bella Zenofila
 Los ojos amorosos,
 La boca y dulce risa:
 Los deliciosos juegos,
 Las sùaves caricias,
 Encanto de las almas,
 La dió la bella Cypria:
 Las tiernas expresiones
 Que enlazan y cautivan,
 Las apacibles Gracias
 En sus labios inspiran.

IV.

Mezclar con puro vino
 La dulce miel de abejas,
 Es besar un hermoso
 Los labios de una bella:
 Así el joven Alexis,
 A la dé hermosa trenza
 Cleobyla, ceñido
 Dulcemente la besa.
 Tal es la miel y vino
 De Venus Cyterea.

V.

Amor, no me has herido
 Del tiro de tu aljaba,
 Ni con ardiente tea
 Que otras veces me abrasa;
 Mas con los Amorcillos
 Compañeros de Pafia,
 Vino Fania la bella,
 Y la tierna mirada
 De sus hermosos ojos
 Un vivo fuego lanza
 En medio de mi pecho,
 Las amorosas llamas
 Mi corazón rodean,
 ¡Ay! que se abrasa el alma.

VI.

Al gallardo Diodoro
 Que á las hermosas niñas
 Tierno amoroso fuego
 Sùavemente inspira,
 Hora los bellos ojos
 De Timara cautivan;
 Que del Amor las flechas
 Ha robado la linda,
 Y el fuego con el fuego
 Se acrecienta y aviva.

VII.

Salve, luciente estrella
De la rosada aurora,
Y tú no tardes tanto,
Esperio; luégo torna,
Y la graciosa joven
Que de mis brazos robas,
¡Ay! condúcela presto
Rodeada de sombras.

VIII.

Dichoso quien te mira,
Feliz el que te oye,
Inmortal quien te ama,
Casi Dios quien te goce.

IX.

En la pasada noche
Dulcemente soñaba
Que Amor me conducía
Una linda muchacha:
Teníala en mis brazos,
Sus labios la besaba,
Las purpúreas mejillas,
La frente nacarada,

Y su rosado seno
A mi pecho estrechaba:
Así gozaba entonces
Estas delicias vanas,
Y la memoria ahora
Me atormenta y acaba:
Y siempre ante mis ojos
Huye la sombra alada
Del delicioso sueño
De la bella muchacha:
Cesen vanos deseos,
¿De qué sirven al alma
Las bellezas de sombra
Y delicias soñadas?

X.

Conduce ya la aurora
La clara luz del día,
Y en el umbral tendido
Triste Damis suspira:
Los últimos alientos
Del corazón envía
A Eraclita la hermosa,
Tan bella como esquivá:
El fuego de sus ojos
Su pecho deshacía,
Como la blanda cera
En ascuas encendida.
Levántate, mi Damis,
En tu dolor no sigas,

Tus ansias amorosas,
 Tus penas y las mías
 Las hizo Amor de un tiro
 De su aljaba divina,
 Y con tu triste llanto
 Aumentas mi cuíta.

XI.

Al mismo Amor alado
 Cuando el Eter traspasa,
 Enlazado trajeran
 Los ojos de Timara.

XII.

Cansado ya de amores
 Del crudo Amor huía,
 Y una pequeña tea
 Sacó de la ceniza:
 Hallóme el rapazuelo
 Donde yo me escondía;
 Y preparando astuto,
 No los arcos scytas,
 Los sus rosados dedos,
 Toma una breve chispa
 Y aplícala á mi pecho,
 Me quema, y se retira:
 La llama se acrecienta,
 Se embravece y agita,

Y por mis miembros todos
 El fuego se desliza;
 Que Fania, toda fuego,
 Mi corazón habita.

XIII.

Sí, Amor, yo te lo juro
 Por las hermosas trenzas
 De la süave Time,
 Y por las formas bellas
 De Denia, que respiran
 Agradables esencias
 Que dan del dulce sueño
 Olvido que recrea:
 Y juro á los halagos,
 Caricias y ternezas
 De Isida, y por las luces
 De las nocturnas teas
 Que mil veces oyeron
 Mis amorosas quejas,
 Que ya llegó á los labios
 La punta de tu flecha,
 Y si no estás contento,
 Avisa, escupiréla.

XIV.

Yo quiero hacer ahora
 Una linda guirnalda

De cándidas violas
 Y de mirtos mezclada,
 Con süave narciso,
 Con azucenas varias,
 Azafrán oloroso
 Y rosas coloradas,
 Flores de los amantes,
 Y graciosas muchachas,
 Con purpúreo jacinto
 Que en ella sobresalga,
 Y la bella Eliodora
 En sus sienes rosadas
 Sobre su bella trenza
 Racimo camphoraria,
 Porque con flores mate
 Se ciña mi guirnalda.

XV.

Admirables beldades
 Tienes, Amor, en Tyro,
 Mas todas se oscurecen
 Delante de Muisco,
 Cual las claras estrellas
 Pierden todo su brillo
 Cuando los puros rayos
 Del Sol han parecido.

XVI.

No suenen en los montes
 La cabrerizas flautas,
 No repitan el nombre
 De Dafne á las montañas,
 Ni halaguen el oído
 De Pan, que con las cabras
 Retoza y se deleita
 En bosques y enramadas,
 Ni con la dulce lira
 De Febo ahora canta
 A la doncella Dafne
 En laurel transformada,
 Ni al hermoso Jacinto,
 Fué ya, cuando las altas
 Cumbres la bella Dafne
 Y á Jacinto admiraban,
 Que en beldad y en amores
 Diome á todas gana.

XVII.

Paréceme que dicen
 De Eraclito los ojos
 Que abrasaran el rayo
 De Jove poderoso.
 Y del hermoso pecho
 Del amable Diodoro

Oigo decir: mi fuego
Lo vence y doma todo.
¡Ay, ay, de aquella hermosa
Que rindan tales ojos,
Y que esconda en su seno
Sus fuegos amorosos!

XVIII.

Ardiente sed tenía
De besar á mi bella,
Y en sus purpúreos labios
Apaciguar mi pena:
En el feliz instante
Que las almas anhelan
Dije en dulces caricias
Con perturbada lengua:
Dígame, Padre Jove,
Si aquel vaso de néctar
Del bello Ganimedes
Tal á tus labios llega,
Y si en tu sacra copa
Tales dulzuras echa;
Porque cuando Antiocha,
La linda en las doncellas,
Con sus divinos labios
Amorosa me besa,
Dulzor del alma vierte
Que el corazón enmiela.

XIX.

¡Desgraciados amantes!
Mas el süave noto
Impela dulcemente
Con apacible soplo
La venturosa nave
Que roba mi tesoro,
Que á mi bello Andragathe
Aparta de mis ojos.
Feliz, feliz la nave
Y más el mar undoso,
Y el viento más felice
Que le rodea en torno.
¡Ay mí! si fuese agora
Delfín del bravo Ponto,
Los mares traspasara,
Llevárale en mis hombros
Para que á Rodas viese
De jóvenes graciosos.

XX.

Bebe, cuitado, bebe;
Tus amorosas llamas
Apague el dulce néctar
De Bromio, ¿qué te afanas?
Adormece tus penas

Yenamoradas ansias,
Dadas al dulce olvido
Con espumosas tazas.

XXI.

La delicada Venus
Ardientes teas vibra,
Y amorosos furoros
De doncellas inspira:
El tierno Amor dispara
Amorosas manías
De niños agraciados:
¿A dó me iré? ¿qué vía
He de seguir? ¿al niño
O á su madre divina?
¡Ay, sí! porque la madre
Amó también vencida.

XXII.

El horroroso Dite
No la boda festiva
En esponsales dones
Recibió Clearista,
Al deslazar la banda
Entre dulces caricias,
A los umbrales cantan
Al acabar el día
Las alegres canciones

Las entonadas Ninfas:
Del tálamo las puertas
Sus cantos aplaudían;
Mas al alba sonaron
Las voces matutinas
Con fúnebre alarido
Por nupcial armonía,
Y las festivas teas
Que al tálamo servían,
Antorchas que alumbraron
La oscura infernal vía.

XXIII.

Alado nuncio mío,
A Zenofila vuela
Y con chillido dulce
A sus oídos llega,
Y dila: Meleagro
Desvelado te espera:
Tú yaces olvidada
De su amante terneza,
Y al apacible sueño
Y á otros brazos te entregas.
Ea, cantor süave,
Mueve con ligereza
Tus delicadas alas;
¡Ay! vé, si no desvelas
Al que feliz ahora
Dormido está con ella,
Porque si no, mis celos

Dolorosos aumentas;
Y si tú me conduces
Mi dulce joven bella,
Adornará tus hombros
Del león la piel fiera,
Y la nudosa clava
De Alcides la tu diestra.

XXIV.

No quiero ya mi vida
Pasar entre las cabras,
Ni morar en las cumbres
De las altas montañas:
Lo dulce y delicioso
De selvas y enramadas
Para Pan acabóse,
Ni cual antes me agrada.
Murió mi bello Dafne,
El que movió la llama
Que mi pecho encendía.
No más, no más la caza;
Sígala quien quisiere;
Ya será mi morada
En la ciudad: sin Dafne,
¿Quién las campiñas ama?

XXV.

¡Ay mí! la bella Demia
Con sus trenzas hermosas;
¡Ay! el calzado de oro

De la dulce Eliodora,
De Timara las puertas
Do los amantes lloran
Contino rociadas
Con esencias preciosas;
¡Ay! la apacible risa,
Los ojos y la boca
De la amable Anticlea;
¡Ay! las frescas coronas
Que ciñe Dorotea
A sus sienes de rosa;
¡Ay! que todo me encanta,
Me enlaza y aprisiona!
Ya tu dorada aljaba,
Amor, llevas de sobra;
Ninguna flecha tiene;
En mi pecho están todas.

XXVI.

¿A qué tan de mañana,
Desamorada estrella,
Al delicioso lecho
De mi adorada llegas,
Y cuando sus caricias
Amorosas y tiernas
Apenas he probado
De mis brazos la llevas?
¡Ah, si ahora tú fueses
El astro de Citera
Que con su dulce fuego

Mis amarguras templa!
Así lo hiciste un tiempo
Por Júpiter y Alcmena,
Que no ignoras, lucero,
Las repetidas vueltas.

XXVII.

Apurar dulces copas
Es siempre mi delicia,
Y más cuando primero
La bella Zenofila
Sus labios colorados
Para beber aplica:
¡Ay mí! feliz yo fuera
Si á su boca divina
Mis labios aplicara,
Y fuera el alma mía
Con amoroso aliento
Dulcemente bebida.

XXVIII.

Sí, por Amor, más quiero
De la bella Eliodora
Oír la voz süave
Y tierna y amorosa,
Que la armónica lira
Del hijo de Latona.

XXIX.

¡Ea! venderle quiero,
Venderle determino,
Aunque parece ahora
Sosegado y tranquilo
En las rosadas faldas
De su madre dormido:
¿A mí de qué me sirve
Mantener este niño
Tan insolente y fiero,
Astuto y atrevido,
Malicioso y con alas,
Traidor y vengativo?
Sus lágrimas engañan,
Su reír es fingido;
Para decirlo todo,
Nadie temer le ha visto:
Es parlero; á sus ojos
Penetrantes y vivos
Nada se les oculta,
Y tan cruel y esquivo
Que aun á su propia madre
Es intratable el niño.
Todo, todo es extraño;
A venderle me inclino;
Si algún mercader llega,
Le llevará consigo:
¡Ea! ¿quién me le compra?
¡Ay, que hace pucheritos!

¡Ay, que llora! No temas,
 No temas, niño mío;
 Ya no quiero venderte;
 Quédate haciendo pinos
 Con la bella Eliodora,
 Venturoso Cupido.

XXX.

Abejita que vagas
 Buscando florecillas,
 ¿Por qué de mi Eliodora
 Los bellos labios picas?
 ¿Y por qué del ameno
 Florido valle olvidas
 Las coloradas rosas
 Y varias clavellinas?
 ¿Qué buscas, temeraria?
 ¿Dónde vas, simplecilla?
 ¿No sabes tú que tiene
 En su labio escondida
 La punta dulce-amarga
 Que Amor el crudo vibra?
 Paréceme que dices:
 Lo sé; si quieres vida,
 Huye del dulce beso
 Que amoroso suspiras.

XXXI.

Si á mi dulce Filocles
 Los Amorcillos aman,
 Y Persuasión amable
 Que respira y exhala
 Las esencias preciosas,
 Y las floridas Gracias
 Que el azahar escogen
 De las bellas muchachas,
 Entre sus brazos tenga
 A Diodora su amada,
 La tierna Dorotea
 Con expresión del alma
 Vuelva sus bellos ojos
 Y divinas miradas,
 Ante sus pies rendida
 La bella Calicrata:
 Dione le acaricie
 Con mano nacarada,
 Con las dulces cosquillas
 Que atormenta y halaga,
 Reciba un dulce beso
 En su boca rosada
 De los purpúreos labios
 De Filida, Therana
 Al oído le diga
 Dulcísimas palabras,
 Goce mil tiernos juegos